LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELISTICA DE LUIS ROMERO

A Gloria

Jean-Jacques Fleury
Albi

Luis Romero, nacido en Barcelona en 1916, es autor, en casi treinta años de dedicación a la literatura, de siete novelas **(La noria, Carta de ayer, Las viejas voces, Los otros, La corriente, La Noche Buena** y **El cacique),** de numerosas novelas cortas en catalán o en castellano **(Esas sombras del Trasmundo** agrupa 21 de ellas), de no menos numerosos artículos, entre los cuales habría que destacar **La noria de los recuerdos,** publicado por la revista barcelonesa **Destino;** de libros sobre Barcelona, la Costa Brava y las tabernas de España. Desde 1964 se dedica a la historia de la Guerra Civil con, primero, una «novelización» de la Historia —a saber, la Historia tratada con técnica novelesca—, en **Tres días de julio** y **Desastre en Cartagena,** y luego con una obra de Historia pura: **El final de la guerra.** Actualmente, además de su actividad periodística, está colaborando a la reedición en fascículos de la famosa **Historia de la Guerra Civil,** de Hugh Thomas; tiene listo para ser editado un libro sobre la Segunda República y piensa, al cabo de estos quince años de Historia, volver a la novela.

Pertenece, como novelista, a la generación del 50, llamada social; se inscribe, pues, su obra en lo que se suele llamar «novela social».

Esta generación, después de haber conocido algunos éxitos editoriales notables y cierto favor de la crítica nacional e internacional, ha sido luego negada, y eso por los mismos que la promovieron (Castellet o Barral) o que la cultivaron (Grosso, Goytisolo...), llegando el periodista Antonio Bernabéu a calificarle de «escuela de la berza» [1].

En este Congreso participan tres escritores vinculados con esta generación: Jesús Torbado, Ramón Carnicer y Jesús Fernández Santos, además de un crítico, Eugenio de Nora, y no es mi propósito entablar con esta ponencia una polémica sobre dicha generación, polémica que nos llevaría demasiado lejos. Sin embargo, la lectura —que creo atenta— de la crítica sobre el tema y la del conjunto de la obra de Luis Romero me lleva a pensar que esta novela está mal enfocada y subvalorado por la crítica. Antonio

[1] **Madrid,** 15 de febrero de 1969, **De la berza al sándalo.**

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

Hernández califica la poesía del 50 de «promoción desheredada» [2]; lo mismo se podría decir de la novela de aquellos años.

En efecto, a esta novela, además de negarle todo valor literario y artístico, se le llega a negar incluso el valor de testimonio, lo cual era su meta esencial. Es evidente —o por lo menos así lo creemos— que la literatura es incapaz de reflejar TODA una realidad con todos sus matices, con todas sus paradojas, y, sin embargo, estamos convencidos de que la literatura de los 50 puede enseñarnos algo de la España de aquel entonces..., algo, no TODO..., y eso tanto más cuanto carecemos de estudios sociológicos y que el país carecía de una prensa ni siquiera medianamente libre. Sobre este punto, Emilio Salcedo dice:

> «Era, en suma, un medio de verificación de la realidad en un momento en que los sociólogos no lo hacían...» [3].

Y Armando López Salinas declara:

> «El historiador futuro tendrá que recurrir al análisis de la narrativa española si quiere colmar una serie de vacíos y lagunas provocadas por la carencia de una prensa de información veraz y objetiva» [4].

En cuanto a nuestro autor:

> «Resurgiremos tal vez como personas que hayan reflejado un momento importante de la historia de España... Tendremos importancia quizá en la periferia de la literatura; quizá no fuimos muy buenos escritores, pero dimos un testimonio interesante y válido para todos...» [5].

¿Qué vamos a buscar, pues, en la obra de Luis Romero? Por de pronto, no vamos a buscar TODA la realidad de la Barcelona de los 50; mejor buscaremos —y encontraremos— UNA VISION de esta Barcelona y, más allá, el autor, el hombre Luis Romero.

Muy acertadamente, Geneviève Champeau escribe:

> «... Más interesante es, en cambio, para el lector de hoy descifrar, desde el ángulo del narrador, el margen de autonomía de la ficción, de la dimensión ideológica de la obra, porque permite acceder a un segundo nivel documental: el del autor, su visión del mundo, sus relaciones con las diferentes componentes sociales en presencia, su modo de situarse frente a las realidades materiales e ideológicas de su tiempo...» [6].

Y Luis Romero nos invita a tomar la misma dirección al declarar:

> «... Nunca he creído que existiera una novela con etiqueta... Todo lo

---

[2] **Una promoción desheredada, la Poética del 50,** Madrid, Zero ZX, 1978, Col. Guernica, n.º 16.

[3-4] Citados por Geneviève Champeau en su tesis **Le thème rural dans le roman social contemporain,** Université de Toulouse Le Mirail, 1978, pág. 31.

[5] Conferencia de Luis Romero en Albi, 4-5-77.

[6] Ya citada, pág. 13.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

que escriba un novelista católico, por más objetivismo que haya, será católico... Todo se escribe desde dentro de la conciencia, de las preferencias, las creencias o las tendencias del propio escritor... El espejo está deformado por el propio novelista, deformado o corregido...» [7].

Entonces, después de estudiar las diferentes componentes del tema de la ciudad en la obra de Luis Romero, trataremos de ver qué nos revela esta visión de su autor, viendo así cómo **un** intelectual, **un** creador, se situaba frente a esos años 50 y 60.

¿Por qué haber escogido como hilo conductor de tal investigación el tema de la ciudad? Una visión de conjunto de la obra novelística de Luis Romero nos muestra que, exceptuando **El cacique,** todas esas obras nos hablan de la ciudad y, más precisamente, la ciudad del autor: Barcelona.

> «A mí la ciudad me ha preocupado siempre; soy un hombre de ciudad, aunque haya pasado parte de mi vida, y muy feliz, en el mar o en la montaña, pero soy un hombre de ciudad y me puedo mover fácilmente en cualquiera de ellas al cabo de muy poco tiempo, por grande que sea. Yo soy un enamorado de la ciudad, me interesó siempre comprender cuáles son sus resortes, cómo se mueve. Las ciudades me apasionan porque es donde viven los hombres, y aunque uno está a veces en contra del hombre, porque ve todas sus miserias, sus crueldades, sus limitaciones, al fin y al cabo uno es también un hombre con esos mismos defectos...» [8].

Como el taxista Manuel Fontdevila (en **La noria** y **La corriente),** Luis Romero ha sido —y es— «peregrino en su ciudad», pero «peregrino» a pie, en su caso, «como se debe visitar una ciudad», como lo dijo varias veces. Cuenta que, cuando su hijo Javier era un niño, le gustaba tomar en su compañía cualquier autobús o tranvía de Barcelona, ir hasta la parada final y volver andando, vagabundeando por las calles. Y con eso aparece ya un rasgo esencial de la personalidad de Luis —y me permito usar aquí el nombre a secas, pues hago referencia a mis contactos amistosos con él—, a saber: sus enormes dotes de «espectador», su curiosidad siempre despierta por cuanto le rodea y su extroversión, que lo hace receptivo a todo.

Para él —y para la mayoría de sus personajes— «ver la calle siempre es un espectáculo agradable» [9], y a raíz de un viaje en tranvía de Elvira, una de las secretarias en **La noria,** nos habla de «el film que la ventanilla... le sirve gratuitamente» [10]. Más revelador aún es el personaje de Roberto —en varios puntos verdadero «alter-ego» de su creador—:

> «... Camina por el gusto de andar, por el placer de ver. Pasea, no tiene prisa; le agrada el espectáculo de los hombres y de las mujeres, de los jóvenes y de los que han dejado de serlo... El pasea, participa de esta vida a la cual ama porque es la vida de sus semejantes... Los contempla casi con cariño, aunque algunos rostros, por vanidosos, amargos o agre-

---

[7] Entrevista en Villéc en abril del 79.
[8] Entrevista publicada en **Les Langues Modernes,** núms. 3-4, 1978, págs. 375-382.
[9-10] **La Noria,** pág. 92.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

sivos, llegan a irritarle. Una amistad universal le une a todos, una casi complicidad familiar le enlaza con todos...» [11].

La noria —escrita en Buenos Aires— nos habla de la Barcelona de 1950, **Carta de ayer** y **Las viejas voces** tienen como telón de fondo esta misma Barcelona, desarrollándose la segunda en el microcosmos de un bar; la acción de **Los otros** se sitúa en la Barcelona de 1956 (aunque el nombre de la ciudad no aparezca) y, por fin, **La corriente** nos presenta unos personajes de esta misma ciudad en 1962 (siendo varios de ellos extraídos de **La noria).** Con lo cual no sólo tenemos una visión sincrónica (a nivel de cada novela), sino que en una especie de diacronía podemos ver la evolución de la ciudad en los doce años que van de 1950 a 1962. Estas novelas atestiguan, pues, el cambio en la ciudad y —lo que es más importante al nivel histórico— los cambios de la sociedad, tanto en su vida cotidiana como en su mentalidad. En cuanto a **La Noche Buena,** esta novela nos presenta una ciudad, «síntesis de Madrid, Barcelona y Bilbao» (según el autor), que es la ciudad española a principios de los 60.

En **La noria,** escrita en 1951, relato de las veinticuatro horas de la vida de Barcelona a través de 37 personajes principales, 37 cangilones de la noria de la vida, aparecen numerosas referencias a la topografía de la ciudad: las Ramblas, el Tibidabo, la plaza de Cataluña, numerosas calles del centro, del barrio viejo, de los arrabales, etc., lo cual denota un profundo conocimiento de los lugares citados, amén de una minuciosidad muy propia al autor (y que le ha servido mucho en sus investigaciones históricas). Y nos dice:

> «... Antes era una ciudad que dominaba perfectamente, que conocía en todos sus rincones, pues todas las alusiones en mis novelas son auténticas; si hablo de una calle, existe esta calle; si hablo de una tienda en esa calle, existe tal tienda, e incluso si hablo de precios en la tienda, son los verdaderos precios en esa tienda...» [12].

Y en otra ocasión nos dijo Luis Romero que el estudio que más le complació fue el de Velardes Fuertes titulado **La noria y la economía de España,** que recompensó su deseo de autenticidad, de «verismo».

Pero podemos ir más allá de este afán de realismo y considerar que esta abundancia de detalles topográficos de **La noria** es también fruto de la nostalgia, ya que en las obras posteriores dichas anotaciones van desapareciendo, haciéndose más y más raras. Hay en ellas como un deseo de recrear **su** Barcelona a través de los nombres. Pero dicho deseo aparece también a través de numerosas escenas callejeras que no son descripciones costumbristas, sino esbozos, evocaciones, visiones fugitivas. Y en **La noria,** más que en las otras novelas, estas escenas callejeras están interiorizadas, no sólo al nivel de los personajes —con el uso, que tanto le criticaron al autor del monólogo interior—, sino también al nivel del narrador:

> «... Las Ramblas están animadas (las Ramblas siempre vivas, cálidamente vivas, enamoradas de algo). Sobre los árboles, el azul y el rosa de la

---

[11] **La Corriente,** págs. 106-108.
[12] **Langues Modernes,** cit.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

aurora pintan el aire que entra por los pulmones hasta el alma... Por la Ronda marchan los tranvías chirriantes, como rojas bandeloras que anunciaran el alba ciudadana... Al fondo, el Tibidabo, viejo y majestuoso, presidente perpetuo de la ciudad, es un regalo para la vista que la mañana sirve en su bandeja...» [13].

Cabe notar, en esas pequeñas evocaciones de las cuales participan todos los sentidos, una especie de fruición, de deleite. Y si en **La noria** son frutos del recuerdo, de la nostalgia, en la obra ulterior denotan un deseo de vivir intensamente la vida que nos rodea, de descifrar la realidad circundante:

> «... Se escucha por las calles un ruido sano y reconfortante, música que los trasnochadores no perciben en este momento en que su derrota se ha consumado. Esta música, esta orquesta civil, es audible únicamente para quien acaba de remojarse con agua fresca. Y aún sólo la escucharán los iniciados. Es variada y sutil y forma en polifonía el himno de este pueblo. Todos los pueblos, todas las ciudades, tienen su himno correspondiente... El concierto se inicia al amanecer...» [14].

Este deseo —loable en el escritor— de meterse en la vida de los demás hace de Luis Romero el creador de un mundo novelesco muy interesante en cuanto a personajes, pues la ciudad no es sólo las calles, las casas, los edificios, sino también los hombres que viven en ella.

Siguiendo el ejemplo de Balzac y de Galdós —de los cuales se declara gran lector y admirador—, nuestro autor no limita la vida de sus personajes a un libro, sino que los hace pasar de una novela a otra, logrando así crear **su** universo novelesco. Es evidente la filiación entre **La corriente** y **La noria** por el mismo propósito del autor: presentarnos ciertos personajes de su primera novela once años después. Además de mostrarnos los cambios que apuntábamos antes, estas correspondencias entre novelas van mucho más allá del «truco de novelista profesional» de que habla la crítica. Uno de los numerosos ejemplos en que nadie parece haberse fijado es muy revelador: uno de los guardias que en **Los otros** mata al atracador, además de reaparecer en **La corriente** (capítulo «La pareja»), donde nos habla de las consecuencias del atraco y enjuicia a unos personajes de la novela anterior (el tabernero, el dueño de la fábrica), nos habla muy a menudo en las dos novelas —y con mucha complacencia— de las bestialidades del cacique de su pueblo, don Alfredo Conesa Sánchez. Pues este personaje, además de anunciar el cacique de la última novela de Luis Romero, es un elemento clave de **La Noche Buena,** pues es un tal don Alfredo, que echa a José y a María de su pueblo, obligándoles a emigrar en unas condiciones pésimas. «¿Truco de novelista profesional?» Tal vez..., si a esta frase no se le da el sentido peyorativo que tenía en la crítica evocada antes. Pero «truco» que nos desvela la tramoya, los mecanismos de la sociedad de aquel entonces, «truco» muy positivo, pues permite ensanchar el campo de la visión crítica del autor —y de su lector.

---

[13] **La Noria,** págs. 10-11.
[14] **La Noria,** pág. 11.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

Y he aquí la palabra clave: crítica. Luis Romero nos da una visión crítica de la Barcelona de su tiempo, visión crítica que nace del simple hecho de mirar alrededor suyo:

> «El novelista no debe proponerse demostrar nada, sino que debe tener dentro de sí algo que comunicar... Por lo tanto, no creo en la llamada novela de tesis, ni siquiera en la novela social. No creo en la novela social como fin que el autor se proponga de antemano. En aquel entonces yo creo que la novela social era casi automático en España, uno tenía que sentir rebeldía contra lo que estaba pasando, contra la injusticia que palpabas apenas salías a la calle...; eso me hería...; yo, y otros, desde luego, marcábamos todo eso, esas cosas que hoy son evidentes...; la clase media o medio alta estaba viviendo de espaldas a todo eso...; había los que los ignoraban y también los que por mala conciencia los dejaban de lado, los olvidaban, y otros los aceptaban como un fatalismo...» [15].

Así es cómo Luis Romero, desde sus primeros pasos en la literatura, va contra el triunfalismo del régimen. Y en 1954, en un texto que merecería ser citado en su totalidad, escribe:

> «Barcelona no son sólo las Ramblas con sus pájaros y la fuente de Canaletas..., con el perfume de sus flores olorosas y acuciantes, con sus bares y cafés, con la gala del teatro Liceo..., con los palacios de piedra señorial y la roja floración de los tranvías tintineantes, con su comercio abigarrado, con los cines y los bancos y la gracia de las mujeres guapas que van segando piropos. Barcelona es también San Martín y Pueblo Nuevo, con las casas oscurecidas por el humo de las chimeneas, con calles largas interrumpidas por huertas o industrias, con las vías del ferrocarril y las estaciones de mercancías, con el perfil de los gasómetros sobre un mar olvidado, con la potencia de sus fundiciones y sus industrias químicas y textiles, con el ajetreo de los camiones que reparten el producto del sudor de sus sufridos habitantes, los cuales no recogerán más que las migajas del banquete. Barcelona es Pueblo Nuevo y el Clot, San Martín, la Sagrera, San Andrés y hasta San Adrián, asomándose ya al campo y apoyándose sobre el seco cauce del Besós. Barrios fabriles donde se forja la riqueza de la urbe, barrios olvidados de los habitantes del centro, barrios fuertes, esperanzados, donde por propio impulso se vive, se crece y se prospera duramente; barrios de trolebús, de tranvías y de metro. Barrios de trabajadores y pobres, anchas espaldas de una Barcelona rica y a veces despiadada...» [16].

Y sigue con igual vaivén la descripción de estas dos Barcelonas antagónicas y complementarias, siendo una privilegiada a expensas de la otra, como en la Metrópolis de Fritz Lang.

El autor no esconde las lacras de esta sociedad que margina buena parte, si no la mayor parte, de sus componentes. Y eso lo vemos en la estructura dicotómica de la ciudad:

---

[15] Albi 77 y Villec 79.
[16] **Barcelona,** 1954, con fotos de Catalá-Roca.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

«Estos son los barrios industriales —anchas espaldas de una ciudad rica y despiadada—, los barrios donde precisamente se forja la riqueza de la ciudad. Aquí las fábricas que enseñan sus sucios muros a lo largo de una manzana; aquí los huertecillos raquíticos y blancos de polvo, avaramente defendidos por espinos medio secos; aquí los vertederos donde algunos traperos rebuscan lo ya rebuscado; aquí los perros famélicos y las tabernas donde los obreros se traen la comida en un paquete grasiento o en una fiambrera abollada. Estos son los barrios olvidados, a donde la gente del centro no viene nunca, salvo si tiene aquí enclavada su industria o sus obras de caridad. Aquí están las casas pardas, de ropa colgada en los balcones; aquí dan las galerías sucias, ese culo feo que se ve desde los ferrocarriles y que hace volver las caras asqueadas de los viajeros de coche-cama; aquí están los talleres ruidosos y las chimeneas que despiden humos malolientes; aquí están las casas que semejan colmenas, con comadres por las escaleras y las galerías con lavaderos de pala y lejía. Aquí las vías férreas y los taludes donde crecen hierbajos; aquí las barracas de los más desheredados, a los que la ciudad opone sus cortinas de acero, las barracas que aparecen como hongos y que desaparecen en auténticas operaciones de guerra. Son los barrios que crecen y se desarrollan como Dios lo da a entender mientras respeten ciertas alineaciones urbanas. A veces surgen grupos de casas nuevas y se pavimenta un trecho de acera y los vecinos mejor vestidos se sienten insolidarios con el resto del barrio, y en los bajos aparecen tiendas mejores y bares más bien instalados.

Estos son los barrios por donde la ciudad se desarrolla a pesar de todo. Las calles asfaltadas y con flores, los árboles de verde limpio, los comercios suntuosos, las mujeres bien vestidas, las fuentes luminosas, los cines caros, los hombres cuidadosamente afeitados, los automóviles lujosos, las calles generosamente alumbradas, los jardines públicos, los niños rollizos con ama de cría y todo, las terrazas para el aperitivo, los anuncios llamativos, las estatuas, todo eso está ahí, a poco más de dos kilómetros, y, sin embargo, pertenece a otra ciudad, a otras gentes, a otro sistema dentro de un mismo conjunto urbano...

A pesar de todo, aquí se trabaja por la prosperidad de la ciudad, por la prosperidad de las gentes que habitan en las zonas privilegiadas, el centro luminoso y los barrios elegantes...» [17].

Critica duramente un sistema que se preocupa más de las apariencias que de remediar la vergonzosa realidad:

«Al borde de la autopista que conduce a la frontera, las brigadas municipales destruyeron hasta trescientas viviendas; no era cosa de permitir que los extranjeros se apercibieran de semejante lacra...» [18].

En cuanto a las obras:

---

[17] **Los Otros,** págs. 49-50.

[18] **La Noche Buena,** págs. 262 y 264.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

«... La cárcel es un inmenso edificio de ladrillos rojos situado en el centro de los descampados que la gente llama La Explanada. Cuando se inauguró la cárcel, hace diez años, el director de **El Diario** publicó un editorial en que decía que la grandeza de las ciudades se medía por el tamaño de sus cárceles...» [18].

Los que se aprovechan de esta injusticia social —sobre la cual volveremos más adelante— son los miembros de la alta sociedad, a menudo blanco de la crítica —y a veces sátira— del autor. El dueño de la fábrica en **Los otros,** Ignacio Dalmau; los Armengol, doña Eulalia, en **La noria** y en **La corriente,** son unos representantes de este mundo de la industria, del negoico, en el cual «todo el mundo va de pillo a pillo» [19]. Y el atracador de **Los otros** nos dice:

«... Claro que todos se engañan unos a otros: "Lo he hecho con materiales de la mejor calidad", "Le cobro lo más justo; un precio especial para usted", "Ese canalla no ha pagado la letra", "Vuelva usted el viernes, hoy no es día de pago". Pero los obreros, los que respiran serrín, los que se dejan los dedos a rodajas en las máquinas, los que calzan alpargatas, los que padecen frío, ésos pierden siempre, a ésos todos los engañan, todos están de acuerdo en explotarles, aunque nadie lo confiese. Al contrario, cuando uno llega al trabajo después de haber desayunado una taza de leche aguada con malta y un trozo de pan duro, aún tiene que oír que hoy en día no se protege más que a los obreros, que los obreros viven sin preocupaciones, y por el mundo se pronuncian los discursos más incomprensibles para los que pasan privaciones...» [20].

En las acciones de esa gente, en sus palabras —sin intervención del autor o del narrador—, aparece el cinismo, la hipocresía de los que se aprovechan de todo para ganar más dinero. Particularmente odiosos son los hermanos Armengol, que construyeron su fortuna en la guerra y la inmediata posguerra —como muchos—, y bien podrían hacer suyas estas palabras de una comerciante:

«Además, si tuviera la suerte de que volviera otro período de escasez, ganaría mucho más... Las fortunas se hacen en los períodos de anormalidad y de escasez...» [21].

Otro blanco de la crítica de Luis Romero es el esnobismo, la incultura de esta clase social, en la cual la mujer es un «objeto exterior de riqueza»:

«La película que desea ver su mujer, y para la cual es seguro que encargará entradas para esta noche o para mañana, viene destacada en un anuncio de media plana. Debe de ser excelente cuando puede pagar propaganda tan cara. También es elogiada en repetidas gacetillas. Definitivamente, será buena; su mujer, por lo demás, es culta y entiende de cine, de lite-

---

19 **La Corriente,** pág. 33.
20 **Los Otros,** pág. 14.
21 **La Noche Buena,** pág. 212.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

ratura y de arte. El no puede perder tiempo leyendo tonterías ni yendo al teatro o a ver exposiciones de pintura. Prefiere las buenas revistas musicales o las funciones de Martínez Soria, que tienen mucha gracia. Y cuando fueron a Italia ya se aburrieron bastante visitando museos y monumentos. Pero a él le complace que Lucía sea culta, y así cuando van a cenar con los amigos o se reúnen con ellos puede alardear de estar enterada de todo cuanto interesa a las personas inteligentes...» [22].

Ciertos personajes son francamente ridículos, como este dueño de la fábrica de **Los otros,** obsesionado por los aparatos norteamericanos, o como don Enrique, el «caballero ochocentista» (en **La corriente)** dispuesto a gastarse un dineral para hacer revivir la Barcelona del XVIII. Tales frivolidades son unas acusaciones más contra esta clase social despiadada o inconsciente.

Pero lo que la caracteriza mejor es su hipocresía y su cinismo.

Hipocresía y cinismo de doña Eulalia con sus obras de caridad y frente a su prima Pepita:

> «Doña Eulalia tiene recogida en su casa a su prima Pepita, hija de un banquero que se suicidó por haber quebrado a raíz de la guerra del catorce. Doña Pepita cumple con las funciones de ama de llaves y de doncella si conviene. Para no ofenderla en su dignidad, pues aunque pobre es una señora, no le ha asignado ningún sueldo; la hubiese humillado privándola de la ilusión de que vive en el seno de una familia. Tampoco necesita para nada el dinero, pues en su casa come, duerme, y si ha de trasladarse al centro de la ciudad, no tiene más que pedir para el tranvía. En cuanto a ropa no le falta; ella le regala la suya cuando todavía está, como quien dice, nueva...» [23].

Hipocresía y cinismo de los padres de Alicia para con una criada que les puso a salvo las joyas durante la guerra civil, devolviéndoselas al final:

> «... Seguramente se quedará aquí toda la vida. Le están agradecidos porque cuando la revolución les guardó las joyas. Valían cerca de un millón de pesetas y no faltó ni una medallita siquiera. La pobre mujer, muerto el marido, llegó a pasar hambre, pero las joyas fueron siempre sagradas para ella. Los señores la recompensaron con mil pesetas (al fin y al cabo, dicen, no hizo otra cosa que cumplir con su deber) y además la volvieron a admitir en la casa. Como privilegio especial trata a las dos señoritas de tú, claro que las vio nacer...» [24].

Y, sin embargo, fue despedida luego, como lo vemos en **La corriente** (capítulo «Cuatro cirios»).

---

[22] **Los Otros,** págs. 38-39.
[23] **La Corriente,** págs. 36-37.
[24] **La Noria,** pág. 60.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

Pero donde esta hipocresía y este cinismo resaltan más es en la vida privada —amorosa y sexual— de estos privilegiados. Allí todos los principios morales que pretenden representar están alegremente pisados. Así frente al aborto —y es un ejemplo entre muchos posibles—:

> «... El podía darle el nombre de aquel médico, y hasta hablarle para acordar una entrevista. Lo que hacía estaba muy prohibido y castigado, pero todos los personajes de la región conocían el secreto y así no pasaba nada. Don Alfredo mismo le había enviado una de sus criadas y fue el propio escribiente del Juzgado quien entregó a su mujer una tarjeta para que le visitase... "A ti no te puede pasar nada; ellos hacen la ley y la deshacen." Todos estaban enterados, hasta el cura. Ramón se reía al acusarle. "Pero como él se entera únicamente en la confesión, no puede decir nada; así todos tienen tranquila la conciencia." ... A ellos no les interesa que esté el pueblo lleno de niños hambrientos, pidiendo limosna o robando por los huertos. Y los asilos de la ciudad están repletos; no caben más... Basta que me avises que quieres visitar al doctor Herodes; así lo llaman en broma todos los señoritos...» [25].

Y el final de esta misma novela **(La Noche Buena)**, en la cual hemos visto una familia de emigrantes marginada por la ciudad y obligados a refugiarse en un vagón abandonado, donde los más desamparados de esta misma ciudad les han ayudado generosamente, es una tremenda acusación contra esa clase dominante.

> «En esta ciudad abundan las personas devotas y amantes de la tradición. Desde tiempo inmemorial es costumbre durante la Semana Santa subir procesionalmente a la colina del Monte Calvario, en la cual está el santuario de la Pasión, la más rica de las basílicas de la ciudad. Junto al Santuario hay levantadas tres cruces de madera de tamaño natural; tres cruces muy antiguas que dan el nombre a la colina. Las grandes familias de la ciudad: aristócratas, terratenientes, dueños de la industria, financieros, ricos comerciantes y cuantos pertenecen a las clases dirigentes suelen ser devotos del Vía Crucis y hacen generosos donativos para que el culto se mantenga con la pompa requerida. Y además dan ejemplo de humildad subiendo a la colina, cubiertos por severos capuchones, con hábitos bordados en oro y plata y con un gran cirio penitencial en la mano. La procesión es presidida por las autoridades y tiene fama internacional, siendo cada día mayor el número de forasteros que vienen a presenciarla. El Comité de Iniciativas para el Fomento del Turismo ha hecho una considerable publicidad en todo el mundo y ha conseguido un permiso especial para que la procesión se celebre durante tres días consecutivos. Las agencias de viajes, los hoteles, los espectáculos, bares y transportes, y el comercio en general, están muy interesados en que se mantenga una tradición tan antigua. Empleados municipales, disfrazados de soldados romanos, a pie y a caballo, figuran en el cortejo, que presencia numeroso público. Cerrando la procesión, una compañía de la Guardia del

[25] **La Noche Buena**, págs. 227-228.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

Orden en uniformes de gran gala, con sus fusiles relucientes, y la banda de trompetas, asciende a la colina marcando cadenciosamente el paso» [26].

También están presentes en estas novelas la clase media: comerciantes, artesanos, empleados..., etc., y el autor no deja de subrayar el crecimiento de esta clase —fenómeno importante en el desarrollo económico y político de la España de aquellos años. Así vemos cómo entre **La noria** y **La corriente** algunos personajes cambian de «status» social, pasándose a esta clase media desde su marginalidad inicial: «El Sardineta», Dorita, la Trini, o desde su condición obrera: Paco, orgulloso de su tienda «al estilo americano» **(La corriente,** capítulo 28), testimonio del comercio barcelonés a la hora del «boom». Más significativo aún es el personaje de Francisco Gallardo Valls, hijo de obrero y alumno en **La noria,** y en **La corriente** asociado a un laboratorio farmacéutico; significativo de una ascensión social que no termina con él, pues al nacerle un hijo al final de la obra dice:

«Está convencido de que su hijo podrá hacer, si se lo propone, lo que él no hizo. Si su padre deseaba un Francisco Gallardo abogado, él le ofrecerá, con veinte años de retraso, un Francisco Gallardo abogado...» [27].

Pasa lo mismo con el hijo de José y de María, que acaba de nacer en un vagón durante la Noche Buena:

«Su hijo se moverá por esta ciudad, o por cualquier ciudad del mundo, con el aplomo con que lo hacen las gentes que han visto; no como unos mendigos, que es lo que ellos dos deben parecer a los demás...» [28].

Y con José y María (de **La Noche Buena)** entramos en la tercera componente de la sociedad: los obreros, las clases más desheredadas, los marginales.

Una característica común une a estos personajes: casi todos han nacido fuera de la ciudad, fuera de Barcelona, y han venido a ella en busca del «legendario y remoto Eldorado», como dijo Juan Goytisolo [29]. Así las novelas de Luis Romero atestiguan un fenómeno capital en aquel entonces: la emigración.

Todos han sido echados de su tierra, de su pueblo, por la tremenda injusticia del mundo rural.

«... Tres años seguidos se perdió la cosecha. Reventábamos de hambre y el dueño fue y se compró otro automóvil nuevo...» [30].

Y José se fue:

«No desea sentir más la angustiosa opresión que los nombres de don Alfredo, del secretario, del juez, del jefe de los guardias, del cobrador de

---

[26] Idem, págs. 266-267.
[27] **La Corriente,** pág. 311.
[28] **La Noche Buena,** pág. 71.
[29] En **Campos de Nijar.**
[30] **La Noche Buena,** pág. 171.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

las contribuciones y de otros personajes importantes le causaron desde niño, como si respiraran una parte de su aire amenazándole de asfixia...» [31].

Este mundo rural de los 50 sólo lo pueden idealizar los que no lo conocen, o los que lo conocen mal, como la señora de **La Noche Buena:**

«... En los pueblos, al fin y al cabo, no se pasa tan mal; la vida está más barata, mucho más barata... En los pueblos los alimentos son más sanos, más nutritivos. La leche es mejor, y la carne, y los huevos ¡tan frescos! Al fin y al cabo todo lo que comemos aquí lo traen de los pueblos. Y de fruta no hablemos, recién cogida del árbol... ¿Y el pan? ¡Ah, el pan! Es riquísimo en los pueblos; blanco como la nieve.

—Será en otros pueblos, señora; el nuestro es muy pobre. Los señoritos sí viven bien, pero los trabajadores padecemos mucha hambre...» [32].

Pero también los mismos emigrantes idealizan «el pueblo». ¿Por nostalgia? ¿Para desquitarse de la miseria que viven en la ciudad?

«... En su casa no vivían así. La leche era leche, el pan era pan y los dulces eran dulces. No usaban mantel más que en las solemnidades, pero el hule que cubría la mesa estaba siempre limpio...» [33].

Pero hay obreros más conscientes que saben que este «menosprecio de Corte y alabanza de aldea» no tiene ninguna realidad, y al oír un relato de «comilonas del pueblo» uno exclama:

«... No, si ahora resultará que en tu pueblo atan los perros con longaniza...» [34].

Y estos hombres «atropellados por la miseria y la injusticia» [35] se lanzaron en los inciertos caminos de la emigración. Inciertos, pues tales caminos desembocaron las más de las veces en otra explotación, en otra miseria —como lo veremos más adelante—, y eso después de un duro vía-crucis no muy diferente del de José y María de **La Noche Buena.** Se amontonaron primero en las chabolas del Carmelo, de Marbella, de Somorrostro, de Casa Antúnez (tan descritos por la novela del 50 y evocadas por Luis Romero en **La corriente,** capítulo «Los últimos serán los primeros», de título muy significativo). Y luego van a parar a cualquiera de esos barrios que vimos más arriba. De allí salen todos estos marginados que pululan en la Barcelona de noche, Barcelona «by night», repetidas veces descrita por el novelista. Veamos, por ejemplo, «les paumés du petit matin» de las Ramblas:

«... En este tramo de la Rambla todo es animación y bullicio. Parece que se den cita todos los seres desvencijados de la ciudad... Hay una nostalgia

---

[31] **La Noche Buena,** pág. 73.
[32] Idem, pág. 40.
[33] **Los Otros,** pág. 23.
[34] **La Noche Buena,** pág. 137.
[35] Idem, pág. 168.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

pegajosa, un deseo de prolongar la noche a ultranza, porque la mañana, con su luz, ahuyentará a todos estos fantasmas... Son desesperados o simples desocupados, seres solitarios que necesitan compañía para huir del fantasma de su esqueleto. Aquí, a esta hora, se pueden comprar y vender muchas cosas... Golfos, pobres, hetairas, señores, borrachos, simples trasnochadores, chulillos de doble filo..., los que tienen hogar y los que no lo tienen, los que piden y los que ofrecen, los que compran y los que regalan... Los rebeldes de la noche, los que tienen miedo a la soledad, buscan la soledad de esta compañía; poso ácido de la ciudad, de su trabajo, de sus solaces, de sus virtudes, de sus vicios...» [36].

Mundo del hampa o de la picaresca barcelonesa.

> «Y la ciudad es tan grande que, cuando ya parece que se han agotado las posibilidades de vivir, todavía hay una rendija por la cual colarse, un intersticio en los bolsillos bien defendidos de los burgueses por donde sacar alguna peseta...» [37].

Es el mundo de la ex artista de cabaret, vendedora de cervezas, convertida en **La corriente** en «honrada» criada muy preocupada por sus ahorros ,y es el mundo —o futuro mundo— de Jacinto, que, con su desgarbado aspecto chulesco, no deja de evocarnos el Pijoaparte de Marsé.

He aquí —y más rápidamente y esquemáticamente que uno quisiera— el material de que se vale Luis Romero para comunicarnos SU visión de Barcelona. Ahora, en una segunda parte, nos toca ver cuáles son los principios que informan esta visión, lo cual nos permitirá ver la postura del creador frente a la realidad a partir de la cual elabora su obra.

Como ya lo dijimos, la ciudad es, primero, un lugar de miseria y de injusticia, es el lugar donde unos pocos explotan despiadadamente a muchos. Y el atracador de **Los otros** desmonta de una manera tal vez ingenua, pero muy eficaz —al nivel del lector—, el sistema:

> «... El está cansado de enriquecer a los demás con su trabajo. Un hombre que tiene dinero reúne a unos cuantos desgraciados y les hace trabajar. Les paga no más que lo imprescindible para que no se mueran de hambre y frío, es decir, lo mínimo para que conserven las fuerzas y puedan seguir trabajando. Entonces el tipo, que ya tenía dinero, gana más dinero todavía...» [38].

Lo mismo nos dice la vieja de **La Noche Buena:**

> «... Ella ha viajado y los ha encontrado en todas partes. Pobres, enfermos, presos, borrachos, humillados, vencidos, fatigados, perpetuamente excluidos

---

[36] **La Noria,** págs. 259-260.
[37] Idem, pág. 264.
[38] **Los Otros,** págs. 13-14.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

del convite que se celebra en la gran mesa donde los poderosos se hartan a plena luz, rodeados de cárceles y de infiernos, con guardias y jueces que les protegen. Y a ellos los acogotan con el hambre, con el frío, con el cansancio, amenazados de continuo por armas, vergajos y perros de presa...» [39].

La ciudad pertenece a los ricos:

«... Las ciudades confían en sí mismas; las ciudades creen que nada les pasará porque tienen escondido el dinero tras las rejas de los bancos, porque tienen guardias armados hasta los dientes, con autos rápidos, con teléfonos, con gabinetes de identificación. Las ciudades se fían, además, de los hermosos discursos que pronuncian unos caballeros diciendo que hay que ser buenos, mientras ellos viven del sudor de los demás. Son los pobres los que han de ser buenos, porque a los ricos es evidente que les está permitido todo...» [40].

Y los pobres están relegados en las afueras, escondidos, negados y, aunque gran parte de la riqueza venga de ellos, sólo tienen «las migajas del banquete». Cruel paradoja, en la cual Luis Romero insiste mucho —ya vimos unos textos.

Pero más allá de la constatación en esas novelas, conviene ahora ver cómo reaccionan los personajes de estas mismas novelas frente a esta situación intolerable.

Unos cuantos se rebelan: es la ira de Juana en **La corriente.**

«... Deberían de bajar a la ciudad y prenderle fuego por los cuatro costados, hasta que se acabara la miseria, el hambre, el frío y esta manera de vivir peor que los perros...

... Ha pensado en robar...» [41].

O es la tentativa de «recuperación individual» del atracador de **Los otros.**

«... No, mientras llega este mundo en que quepan todos, ese mundo vindicativo y justo, él tendrá dinero y se comprará las cosas que se compran con dinero... Dentro de tres horas tendrá dinero suficiente para abandonar esta sucia vida que lleva, para que Carmela no tenga que ir a casa de unos señoritos a fregar los platos y a que la sobiqueen en cuanto se descuida. Mientras exista el dinero, él lo tendrá...» [42].

Ambos están dispuestos a transgredir todos los tabúes morales que les impone la sociedad y que, por otra parte, no detienen —como ya lo vimos— a las clases dirigentes.

«... En el pueblo pensaba que ladrón es lo peor que puede ser un hombre. De esta manera se lo enseñaron. Aquí los ladrones viven mejor que

---

39 **La Noche Buena,** pág. 105.
40 **Los Otros,** págs. 45-46.
41 **La Corriente,** pág. 295.
42 **Los Otros,** págs. 15-16.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

los que trabajan..., moran en casas como los señores y ni siquiera se les nota que sean ladrones...» [43].

Lo que vale esta moral burguesa un obrero lo dice claramente en **La Noche Buena:**

> «En el "Catecismo" todo era enseñar prohibiciones: no matarás, no robarás, no envidiarás, no fornicarás. Un día, algo mayorcito ya, me di cuenta de que los que nos enseñaban eso eran los que se daban buena vida; poseían propiedades y todas las cosas envidiables, y hasta acaparaban las mujeres guapas...
> ... Predicándonos a nosotros la resignación se quedaban más tranquilos...» [44].

Entonces el culpable de esta «delincuencia» es menos culpable que la sociedad, que virtualmente le obliga a cometer este acto. Así lo entendemos al terminar la lectura de **Los otros** y así lo entiende en esta misma novela el tabernero:

> «Le molesta esta conversación, no le gusta tratar de ciertos temas. Ha obrado con arreglo a su conciencia, pero sabe que hay algo en el mundo que no funciona bien y a veces la conciencia misma le vacila. Cree que debe perseguirse implacablemente al atracador, pero tampoco le disgustaría, ya que la ocasión parece propicia, que se investigue de dónde ha salido la rápida fortuna del dueño de la industria...» [45].

Pero la tentativa de «recuperación individual» no lleva a nada, pues al final de la novela muere el atracador. Es una forma de acción que no cambia nada.

Si este acto individual, fuera de cualquiera motivación política, no lleva a nada, podemos interrogarnos ahora sobre la acción de tipo político.

La historia de la España franquista nos enseña que, a partir de 1955-1956, se desarrollan en el país importantes luchas obreras, con huelgas organizadas por grupos políticos y sindicatos clandestinos. ¿Qué vemos de esto en las novelas de Luis Romero? Pues poca cosa, y el que haya poco —y este poco— es muy significativo de la «ideología» (en su sentido más amplio) del autor.

En estas novelas, como en la realidad, pesa sobre casi todos los personajes el trauma de la guerra civil y numerosas evocaciones de estos acontecimientos (en **La noria,** en **Los otros** esencialmente) anuncian ya escenas de **Tres días en julio.**

Pues bien, ¿cómo están percibidos los ex combatientes por los personajes de las novelas? El más desarrollado por su creador, el padre del atracador de **Los otros,** está visto por su hijo como un soñador que «se emborracha de vino y de revolución social» [46].

> «Los compañeros de su padre iban a hacer un mundo mejor. Habían pa-

---

[43] **La Corriente,** pág. 295.
[44] **La Noche Buena,** págs. 254-255.
[45] **Los Otros,** pág. 158.
[46] Idem, pág. 14.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

sado hambre y persecuciones, fríos y trabajos. Vivían miserablemente en una ciudad opulenta, llena de teatros, automóviles y mujeres guapas. ¿Dónde están los compañeros de su padre? Que les pasen revista en los campos de batalla, en los paredones de fusilamiento, en las cárceles donde se dejaron la juventud. Y los que quedan, ahí están, en las tabernas, soñando el desquite, en las fábricas vencidos y humillados, jugando a conspiradores y recibiendo todos los palos que se pierden...» [47].

La acción política, propiamente dicha, tan sólo aparece dos veces en las novelas de Luis Romero: una inscripción subversiva: «¡Viva Rusia! ¡Viva Fidel Castro! U. H. P.», que provoca un gran revuelo en la fábrica de Santiago Jané **(La corriente,** capítulo 20), y en **La Noche Buena** podemos escuchar los «discursos» de un viejo obrero muy politizado que, además, alude a una huelga.

Pues en este último caso resulta que estos discursos, muy dogmáticos, son totalmente incomprendidos por los obreros.

«—¿Qué te crees, que van a repartirse los bienes, el capital? Esa es una idea primaria; no consiste en eso el marxismo. Sois unos ignorantes, ni siquiera de lo que os interesa procuráis enteraros...

—Bueno, entonces, si no me van a dar un auto o dinero, o una máquina de afeitar eléctrica, ¿qué me importa a mí el marxismo?

—Sois unos inconscientes. Te lo he repetido veinte veces: el proletariado es libre, puesto que cada cual trabaja en su propio provecho, que es el de la colectividad. Una colectividad que antes de muchos años —tú y yo hemos de verlo— estará formada por la humanidad entera.

—Sí, ¿eh? Y cuando descarrilen unos vagones, ¿qué pasará? ¿Van a dejarlos ahí podrirse o mandarán a unos desgraciados para que los retiren por la noche?

—Naturalmente que habrá que retirarlos cuando sea. Las vías deben estar libres para que circulen por ellas los trenes del proletariado. Y tú mismo estarás orgulloso de trabajar para conseguirlo, y no ocho horas, sino diez, veinte, las que hagan falta, las que te manden hasta la extenuación.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú mismo, si eres consciente de tu responsabilidad. Y sin necesidad de cobrar horas extraordinarias. Trabajarás no para un patrono que te explota, sino en beneficio de todos y del tuyo propio, por consiguiente. Derrotado el capitalismo, termina la explotación del hombre por el hombre.

—Mira, no me interesa. No hace falta que te molestes en prestarme esos folletos. Cuando vosotros mandéis, yo seré de los que siguen arreglando las vías por la noche, y sospecho que todavía voy a salir perdiendo.

[47] Idem, pág. 15.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

¿De qué me servirá que la estación, las herramientas y hasta las locomotoras sean mías? Según me explicas, tendré que arrimar el hombro como un cabrito y cobrar todavía menos que ahora.

—Lo que te pasa a ti, como a muchos, es que no tenéis conciencia de clase. Os explota el amo que os merecéis, eso os pasa. Soy tonto de hablar a quienes no quieren comprender lo que les digo...» [48].

Es evidente que este texto se puede prestar —a nivel del lector— a interpretaciones que diferirán según quien lea el texto: burda caricatura del marxismo o lúcida crítica de este mismo sistema. Pero lo que nos interesa subrayar con este diálogo es que —al nivel del universo novelesco— la ideología marxista tiene una recepción más que tibia en el mundo del trabajo.

En cuanto a la huelga, se nos dice:

«Luego se mezclaron los políticos y no sirvió para nada...» [49].

En esta misma **Noche Buena** hay dos personajes de muy gran interés en cuanto a lo que se refiere a la ideología marxista.

Primero, el ordenanza de la estación, casi seguramente miembro del P. C. E. Sus mismas palabras y su conducta condenan la idea que pretende defender.

«Llegará una época feliz en que la sociedad cambiará; un orden más justo vendrá a establecerse y cada cual será juzgado exclusivamente de acuerdo a su capacidad y valor. Los hombres ocuparán el cargo que merezcan; entonces él dejará de trabajar como simple ordenanza. El mundo del porvenir necesita gente activa y capaz de mandar, de organizar la nueva estructura social...» [50].

Todos estos buenos principios no le han impedido buscarse un enchufe, lo cual justifica así:

«... El trabajo manual embrutece, y eso es lo que la burguesía desea y fomenta. Obreros embrutecidos, con las facultades intelectuales anuladas, resultan fáciles de gobernar, es decir, de tener dominados. Y además, ¿por qué iba a esforzarse trabajando para enriquecer a unos accionistas que ni siquiera conoce? Cuando los ferrocarriles estén en manos de los trabajadores, cualquier esfuerzo, cualquier sacrificio, estarán justificados, y él trabajará como el que más.

Conseguir la plaza de ordenanza no fue, en su caso, un pretexto para desertar del trabajo, sino medio de emanciparse de la ignorancia. Llegado el caso, él bien puede desempeñar un cargo de jefe, y si todavía no está sufi-

---

[48] **La Noche Buena**, págs. 128-129.
[49] **La Noche Buena**, pág. 244.
[50] Idem, pág. 190.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

cientemente preparado, bastaría con que le pusieran a sus órdenes uno de los jefes actuales. Trabajaría bajo su vigilancia y los servicios no sufrirían menoscabo. Así se hizo en Rusia y así debió de hacerse en México y en la China Popular» [51].

Personaje desagradable en sus palabras y en sus actos (será uno de los pocos que no van a ver al niño que acaba de nacer y su actitud, en su vida familiar, es horrible), personaje negativo —al nivel novelesco—, el ordenanza es en la novela un claro exponente de que la ideología marxista no hace nada.

¿Anti-comunismo del autor? No es tan fácil afirmarlo, pues si bien es verdad que en cada personaje hay algo de su creador —sus preferencias, así como sus desavenencias—, hay, sin embargo, que considerar que existe cierto distanciamiento entre los dos.

El segundo personaje de **La Noche Buena**, al cual aludíamos antes, es él un personaje «positivo» —al nivel novelesco—: es el capataz.

> «Algunos compañeros le acusan de haber abandonado la lucha por la libertad de la clase trabajadora desde que le nombraron capataz, con las pequeñas ventajas materiales que el cargo supone. Un metalúrgico de su barriada, que frecuenta el mismo café, llegó a decirle que la Compañía de Ferrocarriles había comprado su conciencia a bajo precio. Se equivocaba, no es eso ciertamente lo que le ha sucedido. Sus ideas no se han modificado. Continúa convencido de que el régimen en que la actual sociedad vive está irremisiblemente condenado a muerte. Con la edad —no con el mejoramiento individual—, con la experiencia, como se dice, sus ideas revolucionarias han evolucionado; el escepticismo ha ganado terreno en su ánimo. Se lo ha ocultado y negado a él mismo, pero actualmente sabe que le ha vencido. Por inercia, continúa fiel a sus principios, a esos principios dinámicos que mantuvieron viva su fe durante el período más importante de la vida, a esos principios a los que sacrificó oportunidades de medro y ascensos, a cuyo triunfo arriesgó la vida y a causa de los cuales perdió varias veces la libertad.
>
> Ha llegado al convencimiento de que la revolución mundial, tal como ellos la concebían y predicaban, tal como ellos deseaban implantarla, no se producirá de golpe, y que, si así llegara, caerían en la misma frustración en que cayeron los proletarios de esos países donde los obreros, los reales obreros, los que trabajan, no han conseguido más que cambiar de dueños. Que los nuevos dueños se hayan reclutado en gran parte entre el mismo proletariado no modifica la situación de oprimidos y sacrificados en que todavía se halla la gran mayoría.
>
> Es evidente que se avanza, que las conquistas sociales se multiplican a ambos lados de esa frontera de hierro que ha dividido al mundo; pero

[51] Idem, págs. 191-192.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

el avance es lentísimo. Y el mal no está únicamente en la burguesía, en los partidos políticos ni en las doctrinas. El mal está en los hombres, en cada uno de los hombres, incluso en aquellos por cuyo bienestar se lucha. El origen del mal está en él mismo y en los compañeros que ahora, alrededor de la hoguera, comen, fuman y charlan...» [52].

Este texto permite matizar algo lo que dijimos antes, pero la convergencia de ideas entre estos textos es, sin ningún lugar a duda, reveladora de la actitud del creador frente a la ideología marxista y, sobre todo, frente al sistema que ha engendrado.

Ahora conviene ver que la ideología digamos «contraria» sale también mal parada. La ideología o, mejor dicho, como en el caso anterior, lo que los hombres han hecho con ella:

«... La calle está sin empedrar; las aceras, polvorientas. Hace años, al terminar la guerra, ocupó un puesto en la Jefatura del Distrito. Deseaba mejorarlo todo, deseaba que este barrio dejara de ser lo que era, que las calles se asfaltaran y todos estuvieran contentos. Hace años que se ha desengañado, y las calles continúan llenas de polvo.

Por aquí se han instalado nuevas industrias; los dueños acuden a ellas en unos autos más lujosos que los de antes y mejor vestidos todavía. Se les nota que han prosperado. Los que viven de su jornal no han conseguido nada. Les ve por la noche sentados alrededor de los veladores o tomando un vaso de vino en el mostrador. Todos se quejan, todos están descontentos, todos sufren privaciones...

Fue a ver a un concejal que estuvo preso con él en la Cárcel Modelo durante la guerra. "¿Por qué no pueden pavimentar estas calles? ¿Es que aquí no se pagan impuestos? ¿Es que los ciudadanos de este barrio no son tan ciudadanos como los del centro?" No consiguió nada, ni siquiera buenas palabras, y además le obligaron a una antesala humillante. Y en la cárcel todos eran como hermanos, camaradas. Le cantó las cuarenta, eso sí. Y presentó la dimisión de su cargo al jefe provincial por medio de una carta en que le decía cuatro verdades como puños. No le contestó. Y la calle sigue sin pavimentar y aquí no se ha mejorado gran cosa. Y muchos obreros no frecuentan esta taberna porque dicen que él es un fascista y un enemigo del pueblo...» [53].

Y las autoridades le tachan de comunista (**La corriente,** capítulo 22)...

Fracaso de esta ideología, pues el sistema que implantó es el de la injusticia, de la explotación...

Y este personaje es tanto más importante cuanto que perteneció a la ideología por la cual luchó Luis Romero: Falange. De allí la tentación de ver en este personaje, cuyas

---

[52] **La Noche Buena,** págs. 169-170.
[53] **Los Otros,** págs. 51-52.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

reflexiones terminan la novela **Los otros,** un alter-ego de su creador [54]. El autor está en total desacuerdo con tal opinión...

De todos modos —si nos quedamos al nivel del universo de las novelas de Luis Romero—, lo que sí podemos afirmar es que las ideologías políticas tradicionales, o bien por su naturaleza misma o, mejor, por lo que los hombres han hecho de ellas, no resuelven nada. ¿Es atrevido afirmar que eso es el punto de vista del creador? La lectura de la obra y mis contactos personales con el autor me permiten decir que no es atrevida tal afirmación.

De pronto, convendría notar que este deseo —y pienso que tal deseo existe de no dejarse atrapar en una ideología determinada— permite al novelista escapar del maniqueísmo, siendo éste uno de los mayores reproches que ha hecho la crítica a la novela social. En estas novelas ningún personaje es totalmente negro o totalmente blanco; citemos, como ejemplo, el dueño de la fábrica en **Los otros,** que, a pesar de su cinismo, de su crueldad, tiene aspectos humanos que conmueven al lector... También hay que notar que cualidades o defectos no dependen de la clase social; hay patrones algo simpáticos y hay obreros desagradables (como el ordenanza que citamos antes). Hay gente, como el Sardineta, que salen de la miseria para entrar en el peor de los conformismos pequeños-burgueses **(La corriente,** capítulo 2). Y si los emigrantes están maltratados por los pudientes, ciertos sectores populares no los acogen tampoco con gran simpatía, haciéndose el eco de los peores «clichés» sobre ellos:

> «¿Y quién les mandaba marcharse de su pueblo? Todo el mundo a la ciudad, sin casa, sin trabajo, sin dinero. Como si esto fuese Jauja. Al final los que somos nacidos aquí, los únicos que verdaderamente tenemos derecho, no cabremos. Y por si fuera poco, ¡venga a hacer hijos a derecha e izquierda! Claro que eso resulta barato por lo menos...» [55].

Deseo de no idealizar, deseo de ecuanimidad a la hora de crear los personajes. Eso le permite a Luis Romero poner de relieve el papel de ciertas personas en la sociedad y la paradoja de su condición; son los guardias (en **Los otros** y en **La corriente),** perros guardianes de un orden del cual ellos también son víctimas, y repetidas veces Luis Romero pone de relieve este «status» de «dominante-dominado».

La mayoría de los miembros de la alta burguesía son socialmente horribles, como ya lo vimos, lo cual no impide que unos cuantos aprovechados del sistema tengan casos de conciencia, como el abogado Carlos Pi en **La corriente:**

> «... La industrialización era necesaria y había que conseguirla en etapas aceleradas. Ahora bien, ¿por qué este proceso de industrialización, apoyado en un proteccionismo político, fue precisamente a su cliente a quien debía de lucrar de manera tan abusiva y directa? ¿Y por qué en la actualidad para preservarle esta fortuna, gran parte de la cual está invertida en fincas

---

[54] Igual se podría decir del Roberto de **La Noria** y de **La Corriente,** de un Robert asqueado por la realidad y que se va a Brasil... Luis Romero se fue a Argentina.

[55] **La Noche Buena,** pág. 199.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

que aumentan de valor sin requerir esfuerzo, se despide a veintiséis obreros y se condena a la aventura a veintiséis familias?» [56].

En este caso Pi acallará su conciencia, pero vemos, en esta misma novela, que ciertos elementos, unos jóvenes, de esta alta burguesía van más allá del simple caso de conciencia. Toni Altarriba, hablando de su padre, dice:

> «... Ha seguido los cursillos del I. E. S. E. y ha asimilado un conjunto de buenas ideas, de buenas intenciones; pero la razón última se les escapa. No se trata de eso tampoco; la renovación tiene que afectar a la misma base. Es la estructura de la sociedad lo que hay que modificar desde la raíz. Y no lo comprenden o no osan planteárselo...» [57].

Eso en un capítulo de título muy significativo: «Compás de esperanza», en el cual vemos cómo estos jóvenes planean una empresa en la que los obreros participen a los beneficios y estén asociados a la gestión (también en capítulo 34).

Cambios desde arriba, pues, cambios anunciados en las novelas. ¿Y en la realidad?

> «... Yo creo que los novelistas de entonces —que tuvimos cierta difusión, y no precisamente entre los que defendíamos, que no nos leían, que no leían mucho— fuimos leídos por esta misma clase contra la cual iba nuestra acusación, y creo que de alguna manera debimos de influir en la conciencia, sobre todos los jóvenes, de unos cuantos de esta clase...» [58].

Rechazo de las ideologías clásicas y llamada al reformismo, pero para afinar más esta posible conclusión, al nivel político, hay que tener en cuenta otros aspectos importantes de esta visión de la ciudad por Luis Romero.

La ciudad es el mundo de la soledad, de unas soledades yuxtapuestas, de las soledades de unos seres incapaces de comunicar entre sí, y eso no sólo por la miseria y la injusticia social, sino también por una incomunicación moral (entre otros, Raquel y Santiago en **La noria** y **La corriente**); en eso debe buscarse el verdadero sentido del título **La noria.**

Esta soledad, el autor la encuentra paradójicamente en los sitios donde hay más gente: en las calles, en los tranvías, en el metro:

> «... Entre los hombres y las mujeres que llenan este vehículo apenas se descubre una palpitación de solidaridad; ningún lazo les une ni siquiera provisionalmente... Una pesadez áspera e indiferente reúne a estas personas...» [59].

A lo largo de estas novelas son muy numerosas las alusiones a eso, así como las que se refieren a la despersonalización, a la masificación que lleva la vida en la ciudad.

---

[56] **La Corriente,** pág. 135.
[57] Idem, págs. 221-222.
[58] Albi, 4-5-77.
[59] **La Corriente,** págs. 23-24.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

Así, don Plural Cualquiera de **Sombras del trasmundo** nos aparece como:

> «... el hombre totalmente perdido; ya no es un individuo, es una parte de la ciudad que se parece a otras partes...» [60].

Y muy significativas son las primeras páginas de este **Don Plural Cualquiera,** cuyo título habla por sí solo:

> «Se escapa de la calle por un agujero de peldaños afilados. Arriba, en el nivel del mundo, queda el ruido obstinado y amenazador, como una enfermedad incurable, rebelde a los calmantes, y también el olor de las combustiones, del polvo, del asfalto, que el calor exalta.
>
> No marcha solo —nunca aparentemente marcha solo—, pues otras gentes caminan a su lado; pero sin comunicarse, insolidarias, hoscas, envueltas en sí mismas.
>
> Se oye el taconeo por las escaleras y el rumor se dirige hacia el subsuelo aburrido, iluminado por el neón que cadaveriza los rostros, las manos, el aire. Las galerías son largas, inútiles. Ellos marchan solos, aunque codo a codo, empujándose por los corredores donde los anuncios, cuyo optimismo suena a falso, son como insultos o burlas maliciosas.
>
> Tras una galería, siempre con aspecto disimulado de morgue, aparecen otras escaleras, que los hombres —y él entre los otros— subían o bajaban maquinalmente con un ruido sucio e impersonal de puro repetido; a fin de cuentas, tableteo incruento de suelas de zapatos. Luego desembocaban, frustrando sus esperanzas oscuras, en otra galería, y unas flechas imperativas y contradictorias les guiaban divergentemente hacia el trabajo: inútil, aburrido quehacer de todos los días. En esa encrucijada se escindían las muchedumbres para obedecer dócil, resignadamente, a una u otra flecha. Ni un gesto de rebeldía, ni vacilaciones siquiera; las flechas mandaban.
>
> De pronto, por cualquier corredor, apresurados —antipática y estérilmente apresurados—, desembocaban docenas, centenares de personas sin nombre, sin edad, sin sexo; una gran partícula de la gran muchedumbre subterránea.
>
> Se cruzaban con los otros —con ellos mismos—, luchaban contra la corriente cual salmones. Nadie recordaba ya a dónde se dirigía; sólo, oscuramente guiados por un instinto primario, infra-animal, intuían que debían de ir, que estaban obligados a marchar de prisa.
>
> Centenares de zapatos aplastándose contra el pavimento sin sol, buscando inútilmente la tierra, de la cual llevaban siglos aislados; centenares de gargantas respirando el enrarecido aire en conserva, centenares de ojos obstinados en su distracción, complacidos de puro asqueados, en su miopía. Y sus

[60] Entrevista en Barcelona, 12/78.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

ojos, su garganta y sus zapatos, confundidos entre los de los demás; integrados en la pluralidad gregaria y resignada.

... Así, con vaivenes de arranques, curvas y llegadas, fundidos en aliento y respiración pluralizados, avanzan hacia el trabajo —y él, entre todos—, no uno de ellos, más bien parte del todo...» [61].

Para todos esos personajes, inmersos, perdidos en el océano ciudadano, la vida es monotonía, tedio, repetición infinita de gestos cotidianos siempre idénticos, hasta que uno se dé cuenta, un buen día, que ha pasado la juventud, que llega la vejez, que va a morirse sin haber vivido o habiendo vivido para nada.

Muy reveladores de esto son los textos que Luis Romero consagra a los empleados (¿reminiscencia de Balzac, de Galdós?, además de experiencia vivida).

«... Desde las ocho o las nueve de la mañana han estado pendientes del reloj, aliviados en la espera por las conversaciones con los compañeros o compañeras, desinteresados de la labor en que se ocupan; hoy trabajan en una compañía de exportación y mañana en un banco o en una empresa de colorantes; lo mismo les da que su actividad esté encaminada a la venta de maderas o materiales de construcción, a la distribución de billetes y pasajes, que a la tramitación de embargos. Trabajan porque les han dicho que hay que trabajar y porque necesitan ganar un sueldo para ayudar a la familia o para malvivir si han de hacerlo por su cuenta. Venden pisos o neveras, máquinas de coser o lencería, dientes postizos, terrenos, abonos o minerales que no han visto ni por curiosidad...

... Por un momento las calles se pueblan de hombres y mujeres que regresan a sus hogares con un gesto repetido, por un camino idéntico al del día anterior y al del siguiente...

... Los días se parecen unos a otros. Se comienza siendo joven. Se llega por primera vez, y a uno le presentan a unos jefes que irán envejeciendo. Se escala con lentitud y los sueldos engordan moderadamente; cuando el desaliento se apodera del ánimo, surge la pequeña promesa, la esperanza alentadora, la positiva mejora. Las pagas extraordinarias sirven para liquidar deudas, nivelar atrasos, cubrir el presupuesto de veraneos modestos, adquirir ropas y zapatos para los niños, hacer frente a los plazos de artefactos o enseres que ya han dejado de ilusionar, evitar el embargo de la motocicleta o de la nevera eléctrica, comprar estufas o cocinas de gas butano, transistores.

Los jóvenes del tupé y del "swing", los de las excursiones domingueras al Montseny o simplemente a Las Planas, se encuentran transformados en los conformistas de la barriga, de los tres hijos, de la calva y de la televisión como suprema recompensa.

---

[61] **Sombras del trasmundo, Don Plural Cualquiera**, págs. 9-12.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

> Las muchachas de la inquieta ansiedad amorosa, de las bonitas formas para lucir en las playas, las de los bailes frenéticos y los apasionados besos dados, recibidos o imaginados; las muchachas convertidas en falsas Sissis o Fabiolas, van a transformarse en madres de cinturas deformadas, en devoradoras de seriales radiofónicos o de películas de domingo por la tarde, en esposas de maridos indiferentes o en estas viejas con remilgos y pinturas, con ilusiones apolilladas y recuerdos acariciados en el secreto de las horas libres...» [62].

Tanta agitación, tanto bullicio, para nada..., una ilusión...

> «... Hablan por afirmarse, para convencerse de que están vivos aún, de que alguna vez han estado vivos...» [63].

Y por fin, y esto es lo más grave, la ciudad es el mundo de la indiferencia, de la insolidaridad. Es «un monstruo que aparta, que rechaza, que segrega» [64] a los más flojos, es «la jungla de asfalto», y para calificarla el adjetivo «despiadada» aparece repetidas veces bajo la pluma de Luis Romero.

La Noche Buena es la novela donde mejor se expresa este concepto y la ciudad, propiamente dicha, llega a ser un verdadero personaje: «un monstruo indiferente al drama de esa gente, una cosa con entidad propia, cruel, despiadada», nos dice el autor [65].

También sería interesante ver la evolución de este aspecto de la ciudad a lo largo de las novelas; de simple telón de fondo —aunque condicionante por su realidad político-social— la ciudad pasa a ser un personaje individualizado, hasta protagonizar los dos últimos capítulos de **La Noche Buena.**

Entonces esta soledad, este vacío existencial que apuntábamos más arriba, nace también de la insolidaridad.

> «... La colectividad la entiendo como una suma de individualidades con unas conexiones a veces raras. Y todas estas individualidades viven en una terrible insolidaridad. La soledad, fruto de esta insolidaridad, es un tema constante en mi obra...» [66].

Si no hay solidaridad en la ciudad, ¿la hay en el campo, en una sociedad más elemental? José, en **La Noche Buena,** parece decir que sí:

> «... Sabía cada cual quién era el otro, y sentían esa comunicación que se llama amistad, compañerismo; o solidaridad, si se quiere...» [67].

Pero todo en la novela nos muestra que se trata más bien de una idealización debida al apuro actual.

---

62 **La Corriente,** págs. 104-106.
63 **Sombras del trasmundo, Don Plural Cualquiera,** pág. 26.
64 Barcelona, 12/78.
65 Idem.
66 Albi, 4-5-77.
67 **La Noche Buena,** pág. 71.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

Y, sin embargo, esta misma novela nos muestra que la solidaridad puede existir:

> «... Pero creo también que a veces la gente se ayuda los unos a los otros; en **La Noche Buena,** cuando toda la ciudad los ha rechazado, surgen de la noche y de la pobreza unos seres que demuestran una gran generosidad hacia ellos, que se solidarizan con ellos, y si es verdad que la ciudad de los poderosos, de los ricos, los ha rechazado, unos los acogen. Es igual que sean unos pocos, que sean los más pobres, los más desposeídos; el caso es que este movimiento de solidaridad se produzca...» [68].

Ya en varias novelas hay asomos de solidaridad, incluso en **Los otros** para con el atracador:

> «... El muere solo porque va huido, porque él no se acerca, tiene miedo de equivocarse sobre el personaje a quien pide solidaridad y, sin embargo, hay dos o tres personas que tratan de acercarse, de ayudarle; una mujer se acerca, e incluso le llega a importunar... En varios sitios hay personas que le ayudarían, que superarían el miedo... E incluso en el mismo momento de su muerte, la gente se acerca, hay un movimiento hacia él... Ahora la gente tiene prisa, tiene miedo, miedo a la dificultad, miedo a mancharse, miedo a que le tomen declaración... Las ciudades, a medida que crecen; los hombres, a medida que se "desarrollan", se vuelven más egoístas...» [69].

Pero las más veces son asomos fugitivos que el trajín, las preocupaciones, borran rápidamente; es el caso de la señora que en **La Noche Buena** quiere ayudar a José y a María, pero sus obligaciones familiares y mundanas pueden rápidamente con su buena voluntad.

Y, sin embargo, en esta misma novela, ¡qué capacidad de amor en estos desheredados cuando aparece «la ternura que la solidaridad desvelaba»! [70].

En este punto de nuestra lectura de las novelas de Luis Romero tendríamos que tener en cuenta que con estas novelas (y el simbolismo de casi todos los títulos nos invita a ello) el autor quiere ir más allá del marco de la ciudad:

> «... Este problema de la solidaridad yo lo veo en mis novelas a través de la ciudad, pero esta ciudad es una trasposición del mundo entero, pues actualmente nuestro mundo occidental es el centro rico de la ciudad, y el tercer mundo, los barrios miserables... Y todo eso me duele...» [71].

Entonces más allá de la ciudad: el hombre...

Problemas del hombre, y volvamos a nuestro problema: ¿quién los resuelve? —cuando están resueltos—; pues en las novelas, este mismo hombre, más allá de toda ideología. El hombre capaz de lo peor como de lo mejor.

---

68 Albi, 4-5-77.
69 **Langues Modernes,** cit.
70 **La Noche Buena,** pág. 224.
71 Albi, 4-5-77.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes

«... Yo voy contra la sociedad, pero al mismo tiempo tengo un gran cariño en los seres humanos...» [72].

Y tal cariño —de donde nace la ecuanimidad frente a los personajes— permite afirmar la esperanza que simbólicamente aparece —con el alba— al final de casi todas las novelas.

«... La claridad es pequeña, tímida, como si llegara un poco asustada. La gente se mira a la cara; ya no son enemigos, no son fantasmas, una remota hermandad solidariza a cuantos cruzan sus pasos por estas calles...» [73].

«... La Humanidad atraviesa un túnel y es víctima del miedo; en la oscuridad se oye avanzar un convoy en dirección opuesta; los agoreros anuncian un siniestro, consideran el choque inevitable. **En algún lugar del cielo o de la tierra** tiene que haber un guardagujas desvelado, un guardagujas que cumpla con su deber... Cuando su hijo alcance la edad adulta estarán al fin fuera del túnel, respirando el aire libre. A pleno sol los terrores parecerán vanos...» [74].

«... Este muchacho, y aún más el niño que ha nacido esta noche en la estación, conocerá otros tiempos menos duros, aunque tendrá que ganarse con sacrificio cada paso que dé hacia adelante. El mañana será mejor que el hoy, como el hoy ha superado el ayer. Y el mañana les pertenece a los que ahora empiezan a vivir...», nos dice el capataz al final de **La Noche Buena** [75].

Con lo cual Luis Romero afirma su creencia, su fe en el hombre, la solución está entre las manos del hombre. Luis Romero cree en el humanismo (en el sentido más amplio de la palabra), un humanismo que permitirá al hombre exclamar un día, cual el Juan de Nicolás Guillén: «Tengo lo que tenía que tener» [76].

¿Sueño? ¿Utopía? Eso es otra cuestión...

Ediciones utilizadas:

— **La Noria**, Barcelona, Destino, 1972, 8.ª ed.
— **Los Otros**, Barcelona, Destino, 1967, 2.ª ed.
— **Sombras del trasmundo**, Madrid, Ed. Cid, 1957.
— **La Corriente**, Barcelona, Destino, 1964, 2.ª ed.
— **La Noche Buena**, Barcelona, Plaza y Janés, 1971.

---

[72] Idem.
[73] **La Noria**, pág. 278.
[74] **La Corriente**, pág. 312.
[75] **La Noche Buena**, pág. 260.
[76] En **Tengo**.

BOLETÍN AEPE Nº 21. Jean-Jacques FLEURY. LA CIUDAD EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE LUIS ROMERO
Centro Virtual Cervantes